

LA NIÑA DEL SUETER AZUL.

Autor: Andres Garcia

Breve cuento que intenta llamar la atención sobre la discriminación racial.

Danisha tenía siete años y el mundo cabía en el pequeño cuaderno de dibujo que su abuela le había regalado. En sus hojas blancas, todo era posible: los árboles podían tener hojas rosadas, los gatos podían volar y el sol siempre sonreía. Pero fuera de esas páginas, el mundo de Danisha era de un gris persistente.

Vivía con su abuela en un barrio donde la nieve era más sucia y el invierno más largo. Su piel era del color de la canela, un tono cálido que, sin embargo, parecía molestar a algunos de sus compañeros de clase.

Cada mañana, al llegar a la escuela, Danisha se encogía un poco dentro de su suéter azul, descolorido de tanto lavar. El suéter era como una armadura que nunca funcionaba del todo.

—¡Mira, viene la chocolate! —gritaba Liam, el niño de pelo color zanahoria que siempre lideraba las burlas.

—Tu suéter huele raro —decía Emma, haciendo una mueca y alejándose.

Danisha no entendía por qué su piel era un problema. Por las noches, se miraba en el espejo del baño y se preguntaba qué tenía de malo ser diferente. Su abuela, al verla, le cantaba canciones en su idioma natal, palabras dulces y redondas que hablaban de tierras lejanas donde la gente bailaba bajo la luna llena.

—¿Abuela, por qué no somos como los demás? — preguntó Danisha una noche, mientras la anciana le peinaba sus trenzas rebeldes.

—Porque, preciosa, Dios pinta el mundo con todos los colores. Sería muy aburrido si todos fuéramos iguales.

Pero en el recreo del día siguiente, las palabras de su abuela se desvanecieron como el aliento en el aire frío. Ese día había llevado su tesoro máspreciado al colegio: su muñeca de trapo, hecha por su abuela con retazos de tela y botones negros como ojos.

Durante el recreo, mientras jugaba sola bajo el árbol desnudo del patio, Liam y sus amigos se acercaron.

—¿Qué es eso? —preguntó Liam, señalando la muñeca con desdén.

—Es Amina —dijo Danish en un susurro, apretando la muñeca contra su pecho.

—Parece un espantapájaros —se rió Emma.

—Déjamela ver —exigió Liam, arrebatándole la muñeca de las manos.

—

Por favor, devuélvemela —suplicó Danish, con los ojos llenos de lágrimas.

Pero Liam comenzó a pasar la muñeca de mano en mano, mientras Danish giraba en círculos, tratando de alcanzarla como si fuera un tiovivo triste. Hasta que, en un movimiento brusco, la muñeca cayó en un charco de agua sucia.

—Ahora está donde debe estar —dijo Liam antes de irse corriendo con sus amigos.

Danish recogió a Amina del charco. La tela estaba empapada, uno de los botones ojos se había descosido y colgaba tristemente. Sentada en la fría tierra, con el suéter azul mojándose en el barro, Danish la abrazó y lloró en silencio. No solo por la muñeca, sino por el dolor sordo que llevaba meses creciendo en su pecho, un dolor que no entendía pero que sentía cada vez más profundo.

Esa tarde, al volver a casa, no dijo nada. Se sentó en su cama y con mucho cuidado, intentó secar a Amina cerca del radiador. Pero por más que lo intentaba, la mancha del barro no salía, como si el recuerdo de lo sucedido se hubiera quedado impregnado para siempre.

Su abuela, con esa sabiduría que tienen los que han conocido el dolor, no hizo preguntas. Simplemente se sentó a su lado y la abrazó.

—El mundo duele a veces, mi niña —susurró—, pero recuerda que tu color es tan hermoso como el mío, como el de la tierra que da vida, como el de la noche que trae sueños.

Danisha asintió, apoyando la cabeza en el hombro de su abuela. Por primera vez, no se sintió diferente, sino parte de algo más grande: una línea de mujeres fuertes que habían sobrevivido a dolores mayores.

Al día siguiente, Danisha volvió a la escuela. Caminaba más erguida, y en su mochila llevaba no solo los cuadernos, sino también una pequeña muñeca de trapo que, aunque manchada, seguía siendo bonita.

Y aunque sabía que el camino no sería fácil, también sabía que su abuela tenía razón: su color

era el color de la tierra que da vida, y ninguna palabra cruel podría cambiar eso.

Pero cada noche, antes de dormir, Danisha miraba por la ventana las estrellas que brillaban sobre su barrio gris, y se preguntaba cuánto tiempo más tendría que esperar para que el mundo fuera tan amable como los dibujos de su cuaderno.